



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del
Buensuceso, n.º 13, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España e islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal.	5200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—SIRIA: Excursion á Abeya, en el Libano, pág. 36
—TUNG-KING: Horrible martirio de un sacerdote indigena, 362.—SAHARA: Mision del Mzab, 363.—AFRICA ECUATORIAL: Huerfanatos, 364.—FILIPINAS: Fe de los indios; sus costumbres, 366.—Carta de Manila, 370.—CRÓNICA: España, Inglaterra, Rumania, Tierra Santa, China, Cochinchina, Maduré, Africa occidental, Africa ecuatorial, Africa aus-

tral, Cimbebasia, Méjico, República Argentina, Estados-Unidos, 370.—El Emperador de China al Papa, 376.—Los prisioneros del Madhi, 377.—Los exploradores portugueses Capello é Ivens, 378.—NECROLOGÍA, 379.—MISCELÁNEA, 380.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 24 del tomo 2.º)

GRABADOS.—La futura iglesia del Pasma, en Jerusalem, 361.
—Martirio del P. Carlos de Loreto, 365.—Ilmo. Djadja, obispo maronita de Meten, 368.—Amolador maronita, 373.
—Beduina y su hijo, 377.

LA CASA DEL INDIANO.

TRADICION POPULAR.

I.

«Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.»

En los confines de la fértil Navarra y la hermosa Guipúzcoa, donde la primavera empieza á enseñorearse de sus dominios levantando la naturaleza con arrogancia sus montañas que se extienden á formar la cordillera del Pirineo, duerme reclinada á la falda del monte y sirviendo de entrada á un ameno valle sembrado de caserjos que toman al unirse el nombre de pueblos, la modesta villa de Betelú, ignorada hace unos cuantos años, y á la que va dando nombre y fama el establecimiento de aguas termales que, situado á muy corta distancia entre el desfiladero de dos montañas, lleva su nombre.

Betelú ofrece á la vista, fatigada y entristecida por el espectáculo de montañas que limitan á ambos lados el horizonte dejando sólo apercibir la techumbre de un cielo plomizo, la belleza del paisaje y del risueño valle, siempre verde y fertilizado por un río que al abrirse camino por entre las montañas proyecta cascadas y accidentes que harían la delicia y desesperación de un pintor poco acostumbrado á vencer dificultades del arte.

Como toda población antigua, las calles de Betelú son irregulares, ya anchas como camino real ó ya estrechas á semejanza de callejón: pero en cambio sus casas, aun las más modestas, tienen cierto aire señorial que completa el escudo colocado invariablemente sobre la puerta de entrada.

¿Ha sido la nobleza condición general entre los habitantes de aquella villa, ó en la rudeza y sencillez de los tiempos primitivos se consideraba sólo adorno de arquitectura lo que hoy es símbolo de nobleza? Nadie ha sabido sacarme de la duda, y personas de muy buen entendimiento opinan por lo segundo al ver tan repetido emblema en tan apartado lugar.

Pocas curiosidades ofrece Betelú al viajero ávido siempre de descubrir algún indicio histórico; y acaso no las ofrece, porque la sencillez y lealtad navarras no se prestan á señalar tal ó cual vivienda como de un paladín que se distinguió en la batalla de Roncesvalles, ó una piedra pulida y primorosamente guardada porque en ella se dignó apoyar la planta para montar á caballo el rey D. Ramiro.

¡Nada más fácil que tener antigüedades célebres, cuando se quieren buscar!

Y sin embargo, en este país ajeno al fingimiento, de más nobleza de carácter que riqueza de imaginación, os llevan á ver con cierto respeto que vela un mal disimulado orgullo, la casa del indiano, que es en medio de tanta casa señorial, verdadero palacio con primores arquitectónicos que envidiaría cualquiera de los suntuosos que produce el arte moderno. Pero ¡ah! derruido se mira el piso marmóreo de su gran balcón que corre la fachada entera! ¡Libre está su puerta de roble, tachonada de estrellas cobrizas, á todo el que quiere tomarse el trabajo de abrirla y penetrar por ella! ¡Solitario y cubierto de yerba está el pavimento de su hermoso patio cuadrado, y pabellones de telarañas corren de una á otra de las doce columnas de mármol que sostienen el severo balconaje que le circunda! ¡Escalera de mármol negro da acceso á los salones, destruidos por la acción del tiempo!

El alma se suspende al contemplar unidos tanta grandeza y abandono tanto. Pero la casa tiene su tradición, su triste historia, y parece hecha con tanta riqueza y tanta solidez, para soportar más largo tiempo el peso de su inmensa pesadumbre.

II.

Cuéntase en el país que vivía por el siglo XVI enfrente de aquella casa un rico labrador, padre de la hermosa doncella llamada Gilda. Muchos eran los mozos que rondaban las ventanas de la casa de la rica labradora, y muchos también los que al volver Gilda de los maizales, salían á su encuentro para ayudarla á llevar la granada carga ó recoger la fresa, la entrete-

nían más de lo necesario en la tarea para decirle requiebros que no alcanzaban una promesa jamás.

Decíase que la hija era tan desdenosa como el padre avaro, por más que las lenguas murmuradoras de la villa afirmaban que la desdenosa doncella favorecía con sus miradas al pastor Ubaldo, que más de una vez volvió con su ganado del monte más pronto que de costumbre, por encontrarse al paso de su joven señora que salía á paseo con otras compañeras: y no dejó de notarse que en algunos de estos encuentros, Gilda se apartaba á cambiar algunas palabras con su criado, que de seguro no siempre eran órdenes de la señora, ni rendimiento de obligaciones del pastor.

Andando el tiempo, no fué un misterio para nadie que Ubaldo habíase atrevido á poner los ojos en la única hija de su amo, y que ésta, si escuchaba los galanteos de los otros mozos, guardaba su más dulce sonrisa para cuando se los decía el humilde Ubaldo.

Quizá merced á la protección de su señora fué Ubaldo ganando en jerarquía, y cuando el pastor hubo pasado á criado de la casa, y de criado á mayoral y representante de su señor en ausencia suya, atreviéndose, ciego y olvidado de su suerte, á pedir la mano de Gilda.

¡Atrevimiento inaudito! El rico y activo navarro no se indignó como se había indignado con otros pretendientes que sin títulos ó sea sin fortuna habían aspirado á ser su yerno: hizo alarde una vez más de su benevolencia con el fiel servidor, haciéndole comprender con dulzura pero con firmeza, que su hija merecía casamiento más ventajoso.

Ni una mirada de desconsuelo de Gilda sirvió de lenitivo al dolor del infeliz Ubaldo; presente á la negativa de su padre, daba vueltas entre sus manos á las trenzas de sus cabellos, y cuando Ubaldo, loco de amor y desesperación, la instó para que le ayudase á vencer la resolución paterna, recordándole todas sus promesas, pintándole con la vehemencia ruda de la pasión, que los bienes del alma valen por todos los tesoros de la tierra, la joven inclinó al suelo sus ojos y murmuró:

—Ya ves, ni siquiera tienes casa...

Ubaldo calló... calló porque cuando la razón se turba y el sentimiento grita, las palabras faltan, y atropellándose unas á otras en la garganta, en lugar de salir ahogan...

Calló; salió como un loco de aquella casa, y en mucho tiempo no se volvió á saber de él, pero al salir cruzó quizá por su mente la divina sentencia: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.*

III.

Pasaron algunos años, y la desdenosa Gilda no se casaba. Quizás ni el padre ni la hija encontraban empleo digno, el uno para su fortuna, la otra para su persona. Quizás también una leve esperanza de que Ubaldo volviese un día con fortuna sostenía á Gilda en su honesto estado.

No se engañó; á los pocos años Ubaldo regresaba de los mares del Pacífico y de continentes nuevamente descubiertos, con fortuna espléndida.

Corrió en breve la noticia por toda la villa, y al llegar á los oídos de la orgullosa Gilda, consiguió conmover aquel corazón de piedra. ¡Ubaldo en Betelú! ¡Ubaldo rico! ¡Qué bien había hecho en esperar! ¡Cómo agradecería él tamaña fineza!

Esperóle al día siguiente ataviada con sus mejores galas, y Ubaldo no pareció; pasó otro día, pasó el siguiente, y Ubaldo alojado en la posada del pueblo con la esplendidez posible en aquellos tiempos, cuidábase poco de su antiguo amor. El corazón de Gilda empezaba á oprimirse de pena, cuando enfrente, enfrente de su ventana, principió la construcción de una casa cuya magnificencia se decía iba á dejar atrás á todas las maravillas conocidas hasta entonces. ¡El corazón de Gilda respiró con alegría! Ya se explicaba por qué Ubaldo no venía á su presencia. Le había desdenado porque no tenía casa y no quería presentarse á ella hasta tenerla.

Cada una de las piedras de aquella casa parecía á Gilda un escabel para llegar á la dicha; cada uno de los martillazos que

al amanecer le quitaban el sueño, estremecíanla de felicidad, y cuando por fin vió colocar el arrogante escudo que corona su puerta majestuosa, sonrió satisfecha, como quien alcanza con la mano el sueño que persigue la fantasía.

No obstante, las obras se acabaron, la casa se alhajó primorosamente, el indiano, como llamaban á Ubaldo y siguen todavía llamando á los que regresan del Nuevo Mundo con fortuna, instalóse en ella con numerosa servidumbre... pero no se casó. En vano Gilda se asomaba á sus ventanas, cantaba, y para llamar su atención lanzaba carcajadas que terminaban en llanto... Ubaldo parecía no haberla conocido nunca.

No faltaron personas oficiosas que aconsejaron al opulento indiano que se casara, y varios fueron los que lamentaron la soledad y tristeza de aquel palacio que estaba pidiendo un sér que animase su interior, que diese alegría á tanta riqueza... Ubaldo sonreía melancólicamente, y ya un día que le impacientaron más y llegaron hasta á recordarle su amor con Gilda, exclamó:

—¡Es poca mujer para tan grande casa!

Y volvióse á ocultar una lágrima que asomó á sus ojos.

Gilda, despechada y enamorada más que nunca del que con tanta crueldad la castigaba, fué perdiendo día por día. Ubaldo que se ahogaba en aquel palacio, que era para su inmensa pena estrecho recinto, emprendió nuevos viajes, y cuando regresó al país, la bella Gilda, en lo mejor de su edad, había bajado al sepulcro. Quizás ella también habría suspirado al morir con el dolor del remordimiento:

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

IV.

En aquel país de sencillas costumbres é inmaculada fe, donde la virtud se refugia en humildes caseríos y los padres rezan á la par de los hijos cuando alzan los manteles toscos de la blanca mesa, refieren esta historia con tenebroso terror, y muestran con asombro y respeto la casa que representa la venganza de un corazón lacerado: no se muestran orgullosos por poseer aquella joya del arte, sino asombrados del caso que la dió ser y forma.

¡Dichosos los que se estremecen á la sola idea de una mala pasión y señalan como lugar maldito la casa en cuestión! ¡Dichosos los que llevan al viajero, fatigado de las luchas de las grandes ciudades á contemplar cómo se castiga la soberbia y mata la venganza la dicha de toda la vida! Si en medio del bullicio de las multitudes estas lecciones se aprecian mal, en la tranquilidad de las aldeas hablan muy alto al corazón.

La casa de Gilda no existe, y un erial se extiende delante de la opulenta casa que todavía se conserva como ejemplo de la soberbia humana. No busquéis en su aspecto nada risueño; no hallaréis ni en sus fachadas ni en su recinto un pilar ni capitel que no infunda tristeza al alma. La riqueza allí amontonada impresiona pero no cautiva; la regularidad y belleza del edificio desaparece bajo el aspecto sombrío que la envuelve.

Palacio levantado por el despecho y para servir de castigo á la ambición, no debía albergar más que la tristeza, y símbolo de tristeza se conserva á través de los siglos. Penetrad en cualquiera de las casas que le rodean, aun en las más humildes que se destacan en las montañas como nidos entre el follaje, y las hallaréis, aunque pobres, risueñas... En aquel palacio, en cambio, las paredes pesan, el horizonte que se descubre por su patio abandonado parece mucho más triste, y disputado por muchos pretendientes y sin ningún dueño, ha venido á ser habitación de las ratas que se enseñorean por sus derruidos salones.

En las demás casas del pueblo hallaréis entre pobreza la alegría... En el palacio el desconsuelo entre la opulencia.

Dichosos los que se contentan con poco, los que prefieren á los bienes de la riqueza los bienes del alma; ellos son los únicos que dan la felicidad, y á la felicidad Dios le hace albergue, unas veces en casa abundante, otras en cabañas, y otras en humilde nido que el pajarillo labra entre las ramas. Ella convierte en rica la más pobre mansión; las malas pasiones, en cambio, hacen tristes palacios tan suntuosos como el que se conoce en Betelú por *La casa del indiano*.—JOAQUINA BALMASEDA DE GONZALEZ.

Dios tiene sobre la tierra mensajeros de su Providencia.

Estos mensajeros son criaturas sublimes que el mundo admira, respeta y bendice; criaturas que forman la transición del reino de la materia á la patria feliz de los espíritus.

¿Quereis saber el origen y prosapia de esas afortunada criaturas?

Son hijas del cielo.

Y madres de los desvalidos.

Y hermanas de la Caridad.

Viven en todos los países donde hay lágrimas que enjugar y males que compartir. Y las lágrimas son rocío que fecundan toda la tierra, y los males son herencia de que participa toda la humanidad.

Por eso la santa vestidura de esos ángeles del amor flota lo mismo en las regiones del Polo que en las abrasadas llanuras del Ecuador: en el campo de batalla es la enseña gloriosa de la misericordia; en las poblaciones es el emblema de la ternura y la beneficencia.

Se han sucedido en el globo terribles cataclismos; se han hundido imperios, entre cuyas ruinas perecieron instituciones venerandas. Hace un siglo que el soplo de la Revolución tiene como envenenada la atmósfera en que se agita la sociedad.

Pero sobre las ruinas que amontonaron los cataclismos, sobre el torrente desbordado de las revoluciones, ha prevalecido incólume esa raza de heroínas, magnífico monumento del Catolicismo, prodigio perenne de la caridad.

Solamente á la caridad cristiana era posible obrar tales prodigios.

La filantropía que encarecen los filósofos ama en el hombre al hombre; la caridad, y por lo tanto sus *Hermanas* aman en el hombre á Jesucristo, y en la figura del mendigo, del huérfano y del enfermo ven con los ojos de la virtud la sacrosanta figura del Salvador.

La filantropía suele dar lo que sobra; la caridad suele dar lo que no tiene; la caridad parece que renueva diariamente el milagro de los panes y los peces.

La filantropía se compadece de las desdichas que ve ú oye; los ojos y los oídos son sus mensajeros; la caridad se compadece de las desdichas sin verlas ni oirlas; las siente en el fondo del corazón.

La filantropía remedia los males y consuela las aflicciones que le salen al encuentro; la caridad busca los males para remediarlos, y las aflicciones para consolarlas.

La filantropía suele residir en los grandes palacios; la caridad vive en los hospitales y en los asilos. Allí viven también sus *Hermanas*.

Allí junto al lecho del moribundo, ó junto á la cuna del recién nacido, bosquejase la figura de una mujer cuya existencia está consagrada al bien de sus semejantes.

Su rostro apacible y sereno, como su corazón, muestra las huellas del insomnio y de la austeridad.

Cuando en las horas lentas del padecer apenas hay para el misero mortal un rayo de esperanza, aparece á sus ojos la heroína Hermana de la Caridad, de cuyos labios brotan palabras de resignación y de consuelo.

Cuando la mano de una madre monstruo deja caer sobre la cuna de la pública caridad el fruto de sus entrañas, la mano de otra madre más tierna lo recoge, y lo acaricia, y cuida de su asistencia, y le enseña más tarde á perdonar, á orar y á ser feliz,

II.

La caridad no tiene patria.

Tampoco la tienen sus *Hermanas*.

La caridad salva las distancias y atraviesa los mares, si en remotas tierras ó al otro lado de los mares hay lágrimas que enjugar y penas que compartir.

Y sus *Hermanas* salvan asimismo las distancias, y cruzan el Océano en busca de los pobres y de los afligidos.

Donde quiera que el sol deja sentir su influencia; donde quiera que alienten seres racionales, allí se llora, allí está la caridad, allí viven sus Hermanas.

Prodigios de ternura y de amor santo, su paso por la tierra semeja el de un astro que ilumina sin quemar, el de una ráfaga que purifica sin destruir, el de un arroyo que fecunda sin inundar.

No hay en la tierra premio para sus beneficios, ni corona para su heroísmo.

Su premio y su corona están más altos.

Solamente en el corazón de una mujer puede esconderse tal tesoro de caridad y sentimiento.

Ella, que está organizada para compadecer y para sentir, es la única que puede menospreciar las grandezas y los aplausos, los triunfos de la hermosura y los halagos de la opulencia, para ocultarse en el fondo sombrío de un hospital, como perla de valor inapreciable en el fondo de una concha.

Ella, que ha nacido para amar, y para amar puramente, por más que el hombre llene de asechanzas su camino; ella, que cuando esposa y cuando madre, dulcifica las horas de la vida en el hogar tranquilo de la familia, cuando madre y hermana de todos los que padecen, dulcifica y atenúa los infortunios en el recinto de la gran familia, en el seno de la sociedad.

Si la idea de madre de familia hace increíble y absurdo el ateísmo, la idea de Hermana de la Caridad hace absurdo e inconcebible el escepticismo.

Toda la arrogancia de los *espiritus fuertes* se confunde ante el

pobre sayal de una mujer que se sacrifica heroicamente en bien de la humanidad.

Los guerreros y los conquistadores producen el llanto y llenan los hospitales, y una mujer piadosa enjuga el llanto y cura los heridos.

Esos guerreros tienen más fuerza; esa mujer tiene más corazón.

Los que denigran por sistema al sexo que llaman débil; los que se burlan ridículamente de todas las mujeres, devolviendo quizá á todas la ofensa que una les hizo, que se acuerden de su propia madre; y si no han tenido la dicha de conocerla, que se acuerden de esas criaturas sublimes que son madres de todos los desgraciados y Hermanas de la Caridad.

Cuando en época muy reciente, la guerra ensangrentaba los mares y las campiñas, ya lo hemos dicho, el santo ropaje de esas mujeres ondeaba en todas partes como la enseña del bien, como la bandera santa de la ternura y de la caridad cristiana.

En los días del contagio y del conflicto, esas mujeres infatigables se multiplican y aparecen como ángeles de consuelo en medio de la humanidad afligida y desolada.

Por eso las bendice la humanidad.

La humanidad escribirá en su historia con caracteres de luz el nombre venerando de *san Vicente de Paul*.

SEVERO CATALINA.

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

OBRAS LATINAS PARA SEMINARIOS.

De Luise. Codex dogmatum fidei christianæ et canonum disciplinæ catholicæ Ecclesiæ; 2 tomos en 8.º, 8 ptas.

Perrone. Prælectiones theologicae, quas in Collegio Romano habebat; *editio XX II*, 9 vol. en 8.º, pesetas 20.

— Prælectiones theologicae in Compendium redactae; *editio XXXIX*, 2 vol. en 8.º, pesetas 8.

— De Domini N. Jesu Cristi Divinitate adversus huius aetatis Incredulos Rationalistas et Mythicos; 3 tomos en 8.º, ptas. 12.

— De Virtutibus SPIRITUS et CARITATIS, Prælectiones theologicae; 1 tomo en 8.º, ptas. 3.

— De Virtute Religionis, deque vitiis oppositis, nominatim vero de MESMERISMO, SOMNAMBULISMO AC SPIRITISMO recentiori superstitione, Prælectiones theologicae; un tomo en 8.º, ptas. 3.

— Index alphabeticus rerum notabilium in Prælectionibus theologicis; un tomo en 8.º, pta. 1.

— Synopsis Historiae Theologiae cum Philosophia comparatae; un tomo en 8.º, pta. 1.

— Studii Teologici spettanti al cristianesi-

mo e al protestantesimo; 2 tomos en 8.º, ptas. 5.

Compendium Juris Canonici, Fr. Josepho Calasanzio a Llevaneras, ordinis minorum Capuccinorum.— Un tomo en 8.º, á 1 peseta en toda España.

Impedimentis (de) Matrimonii. Acced. collect. declarat. ac decret. Bened. XIV et Pii VI.—Un vol. en 8.º, 1 peseta 90 cént.

Doctrinae D. Thomae Aquin, Tria Principia cum suis consequentiis, ubi totius doctrinae compendium et connexio continetur, actore R. P. Fr. Antonio Righinaldo, or. Praed., in Academia Tolosana olim professore et doctore.—Un hermoso volumen en 8.º, 7 pesetas 50 cént.

Canones et Decreta sacrosancti oecumenici Concilii Tridentini sub Paulo III, Julio III et Pio IV, cum appendice Theologiae candidatis perutili; en 8.º, pesetas 4'50.

Vecchiotti. Institutiones canonicae ad usum Seminariorum accommodatae; *editio XVII, aucta et locupletata*; 3 tomos en 8.º, ptas. 10.

Vecchiotti. Tractatus theologicus de Matrimonio, ex opere Card. Io. SOGLIA excerptus, et ad usum Parochorum et Confessariorum accommodatus, additis appendicibus de impedimentis civilibus Matrimonii et de Formulis supplicum precum; un tomo en 8.º, ptas. 5.

SEGUN EL PEDIDO SE HARÁ REBAJA DE LOS PRECIOS MENCIONADOS EN EL PRESENTE ANUNCIO.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepcion, de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona.